

El abuelo más loco del mundo

Roy Berocay

1. ¿A dónde ir?

Es un viejo loco! —No es para tanto, además, no hay otro lugar donde dejar a Marcos por tantos días.

La discusión llevaba ya un largo rato. Las palabras me parecían flechas invisibles lanzadas por el aire, flechas que llegaban hasta el otro cuarto donde, como siempre, yo dibujaba monstruos.

Cuando las palabras “viejo loco” atravesaron la puerta, puse el lápiz a un costado y esperé. Sabía que mis padres nunca se ponían de acuerdo cuando hablaban sobre el abuelo Felipe, pero ahora el asunto era mucho más importante que de costumbre.

Hacía un par de años que no veía al abuelo, pero pensar en él me despertó un sentimiento tibio en la barriga y también un montón de dudas: mamá siempre decía que el abuelo era una mala influencia para mí.

Me acordé de cuando íbamos juntos a pescar y empecé a reírme solo. Sí, el abuelo podía ser

una mala influencia. Todavía podía verlo allá en la playa, hablándome bajito, señalándome las muchachas que pasaban con unos trajes de baño casi invisibles.

De todos modos ahora la discusión era distinta: mis padres tenían que hacer un viaje, ese mismísimo viaje del que habían hablado durante mucho tiempo y necesitaban un lugar seguro donde dejar a un niño ejemplar y educado, o sea, yo.

—Siempre fue muy bueno con Marcos! —decía papá.

—Sí, pero es muy distraído y fuma demasiado, un día se le va a prender fuego la casa —insistía mamá.

—No seas exagerada; además tu hermana no tiene lugar, así que mi padre es la única solución. La discusión seguía, pero yo sabía que en cualquier momento llegarían a un acuerdo. Después de todo, serían sólo quince días y se trataba de ese famoso viaje con el que tanto habían soñado.

—;El abuelo Felipe! —dije en voz alta aunque nadie podía escucharme. Ese viejo flaco y pelado, de cara cómica, al que le gustaba leer novelas policiales y escuchar música extraña. Ese viejo de manos grandes y piernas finitas que siempre andaba fabricando unos aparatos que

nunca servían para nada.

—Está bien! —suspiró finalmente mi madre—.

Pero vas a tener que hablar con él, explicarle todo... que trate de ser responsable aunque sea una vez en su vida.

Mi padre contestó algo, pero no pude escuchar con claridad.

Bueno, todo resuelto: me quedaría quince días en esa vieja casa cerca de la playa. Decían que el abuelo la había construido con sus propias manos; que había levantado las paredes de bloques y tablas y que había hecho los pisos de madera, uniéndolos clavo por clavo, pero eso me parecía una exageración. ¿Quién podía tener tanta paciencia? ¡Eran millones de clavos!

Sentí hormigas en el estómago y, como me gustaba mucho pensar en todas las cosas, traté de saber porqué. ¿Estaba nervioso por tener que vivir con alguien a quien mi madre consideraba un mal ejemplo? ¿O era que nunca había estado tanto tiempo lejos de mi casa?

Supe que aquella sensación me venía por las dos razones al mismo tiempo y también por otras.

Algo, una especie de alegría nerviosa hacía que mi corazón latiera con más fuerza.

La casa vieja, el abuelo que fumaba muchísimo, los aparatos, la música, la playa cercana... eran muchas cosas juntas que me venían a la cabeza igual que en una película.

Pensé que el asunto podía ser divertido, una

especie de aventura, y casi casi tuve ganas de que llegara ya mismo el esperado día del viaje.

Sonreí. Acababa de recordar que en la casa había un cuarto maravilloso, que era como una torre chica, donde podría jugar a los viajeros del espacio o sentarme a dibujar frente a las ventanas de madera que daban a la playa.

Esa noche durante la cena, mientras mis padres hablaban muy contentos de los lugares que visitarían en su viaje, seguí pensando en las cosas que necesitaba llevarme a la casa del abuelo:

los lápices de dibujo, la pelota de fútbol..,

Pero nunca imaginé que, en realidad, estaba a punto de comenzar una aventura increíble.

II. La casa de la playa

El auto rojo de papá frenó y patinó sobre la arena que el viento acumulada en la calle.

Miré por la ventanilla. Allí estaba la casa y era casi exactamente como la recordaba: blanca y pequeña, con techos bajos y la torre enana con ventanas que parecían ojos cuadrados. Más allá, a pocos metros, algunas olas rompían con fuerza contra la playa.

—Bueno —dijo mi padre abriendo la puerta del auto—. Acá estamos.

Lo miré y vi que en su cara aparecía una expresión nueva, infantil, como si estuviera

reviviendo otros tiempos, épocas que parecían muy lejanas.

—Papá.

—Mmmm?

—Ustedes vivían acá antes?

Sonrió.

—No, vivíamos en la ciudad, pero veníamos acá todos los fines de semana y en las vacaciones —sonrió de nuevo—. Esperábamos que llegara el viernes de noche y cuando papá volvía del trabajo, cargábamos todo en una camioneta viejísima...

—Era lindo, ¿no?

Me acarició la cabeza, despeinándome. Siempre hacia eso, era un gesto automático que me molestaba porque me hacía sentir como un nene chiquito.

Después cargamos un par de bolsos, cruzamos la verja de madera y nos detuvimos frente a la puerta, fabricada con tablas cruzadas.

¡La puerta tenía como ciento cuatro clavos!

Mi padre golpeó una vez, dos veces, tres, y los dos nos quedamos esperando, mientras el viento aumentaba y levantaba nubes de arena que bailaban en remolino sobre la vereda.

—Qué raro, yo le avisé que veníamos —dijo mi padre poniendo los bolsos en el suelo—. Voy a ver, a lo mejor se quedó dormido.

“Es muy distraído”, pensé recordando las palabras de mi madre y tuve ganas de reír. Quizá

el abuelo estaba durmiendo la siesta, o se había ido a pescar, o...

—No hay nadie —dijo papá, preocupado después de dar una vuelta alrededor de la casa.

—A lo mejor se olvidó —dije.

—Quedate acá, enseguida vuelvo.

Salió corriendo rumbo a la playa. Entonces caminé unos pasos y observé las paredes pintadas con cal, el musgo verde que empezaba a treparse desde el suelo, el vidrio roto en la ventana de la cocina y después volví a la entrada.

Al rato escuché unas voces; a unos cuantos metros de distancia mi padre, parado sobre un médano bajito, movía los brazos como si estuviera hablándole a alguien.

Un poco más allá, una figura flaca subía el camino lentamente: era el abuelo Felipe, con una caña de pescar y un balde.

Cuando los dos hombres estaban cerca, pude oír lo que se decían:

—Pero, papá, te dije que veníamos a esta hora!

—Es que no uso reloj —decía el viejo, que traía una cómica gorra de lana marrón.

Aquella conversación era muy extraña, ya que mi padre le hablaba al abuelo como si fuera un niño y eso me hizo pensar en otras cosas. Por ejemplo, ¿qué pasaría cuando yo fuera adulto y mi padre hiera viejo como el abuelo Felipe? ¿Estaría bien

que le hablara así? ¿Sería esa la manera en que los adultos deben hablarle a los niños y a los viejos?

No lo sabía, pero pensé que más adelante se lo preguntaría al abuelo o a papá, no estaba seguro a quién.

Pero finalmente, cuando los dos llegaron todo parecía solucionado y ambos sonreían.

Felipe se me acercó y se agachó un poco para quedar a mi altura.

—Marcos! ¡Qué grande estás! —mintió el viejo y me acaricié la cabeza, despeinándome.

Entrarnos, guardamos los bolsos, conversamos un rato y luego papá me recitó una casi interminable lista de recomendaciones: que cuidado con la playa, que no agarres frío, que portate bien, que hacele caso al abuelo y un montón de cosas más que, por supuesto, olvidé enseguida.

Minutos después de la despedida y cuando el auto se alejó levantando polvo por la calle, miré al abuelo.

—Y ahora? —pensé sin saber qué decir.

El abuelo Felipe me palmeó la espalda y rió.

—Supongo que querés usar el cuarto de arriba, ¿no?

Sentí que me brillaban los ojos.

—Bueno, andá y acomodate, que dentro de un rato me vas a tener que ayudar con un experimento grandioso.

—Un experimento?

El abuelo Felipe movió la cabeza. Parecía estar pensando en algo muy importante.

—Sí —dijo—. Está en la cocina.

No pude esperar el final de la explicación. Salí corriendo, subí las escaleras de la torre, entré en aquel cuarto con olor a madera de pino y me tiré encima de la cama.

—Genial! —pensé, mirando cómo la luz suave entraba por las ventanas.

Después me levanté y empecé a mirar los cuadros colgados en las paredes. Los cuadros que pintaba el abuelo: llenos de bosques y océanos y playas y barcos que parecían moverse encima de olas muy blancas. Cuadros en los que no se veía ni una sola persona.

—¡Marcos! —la voz del abuelo llegó desde abajo.

—Voy!

—Vamos, tenemos que hacer el experimento! —dijo el abuelo.

III. Un milagro de soda

Cuando entré a la cocina tropecé con unos tubos de goma que cruzaban el piso.

—Cuidado! —me advirtió el abuelo cuando ya

era tarde y tuve que apoyarme en la heladera para no caer de cara contra las baldosas.

—Qué estás haciendo?

El abuelo Felipe no pareció escuchar mi pregunta. Se rascó la nariz y colocó la punta de uno de los tubos en un caño que asomaba de la pared.

—QUÉ ESTAS HACIENDO? —grité porque creí que el viejo estaba medio sordo.

—No grites, oigo perfectamente —dijo el abuelo y comenzó a asegurar el tubo con una agarradera de chapa—. ¡Vamos a fabricar soda! ¡Vamos a tener una casa en la que va a salir agua con burbujas de todas las canillas! —exclamó muy contento.

Dudé. ¿Para qué servía tener agua con burbujas, si uno podía ir al almacén y comprar una botella? No sabía la respuesta, pero el abuelo parecía muy

∴

entusiasmado.

—Bien, ya está -dijo Felipe—. Ahora tenés que ayu- darme.

Después de escuchar la explicación, salí de la casa y me paré del lado de afuera, frente a la ventana de la cocina.

—Listo? —preguntó el abuelo.

—Ahora!

Parado junto a dos tanques, hice girar una llave.

Un soplido fuerte salió de la válvula y los tubos de

goma se hincharon como víboras gordas.

Después volví adentro y me quedé callado mientras el abuelo, muy seriamente, como si estuviera ante un hecho de gran importancia, estiró una mano para abrir la canilla.

Nada.

La abrió un poco más.

Nada. Nada más que agua común y corriente.

El abuelo llenó un vaso y lo puso contra la luz que entraba por la ventana; después se lo tomó.

—Mmmm, qué raro. Hay algo que no está bien, mejor esperamos un rato a ver qué pasa.

Salimos de la cocina y fuimos hasta el come do donde había una mesa grande y estantes llenos de libros y discos antiguos.

Había algo extraño en ese cuarto, pero no pude darme cuenta de qué era. Ahí estaba el tocadiscos uno de esos aparatos viejísimos.

Había

también una enorme radio a válvulas que parecía tener un ojo en medio del dial. ¿Qué faltaba?

Miré alrededor y finalmente me di cuenta: no había televisión y eso me hizo pensar que quedarme ahí iba a ser muy aburrido. No podría ver los dibujos animados, ni mis series favoritas. ¿Qué podía hacer durante quince días en una casa

sin televisión?

Cuando pensaba en estas cosas, sonaron unos golpes muy fuertes en la puerta y se escuchó una voz femenina que gritaba.

—Felipe! ¡Felipe! ¿Estás ahí?

El viejo se acomodó un poco la ropa y abrió.

—Ah, menos mal, pensé que no había nadie — dijo una mujer bajita y gorda, entrando a la casa rápidamente como si hubiera estado allí muchas veces—. ¡No sabés lo que acaba de pasar!

La mujer, que tendría más o menos la misma edad que el abuelo, se detuvo al verme.

—Es Marcos, mi nieto —dijo Felipe—. Se va a quedar unos días—. Y después dudó un poco antes de decir:

—Te presento a Rosario, una.., una.., vecina.

Pero Rosario parecía muy excitada y contenta. Se movía para un lado y otro con una gran sonrisa y ojos brillantes y grises que se abrían y cerraban todo el tiempo como letreros luminosos.

—Bueno —siguió Rosario tomando aliento—, es que pasó algo misterioso, pregunté en las otras casas de la cuadra y en todas es lo mismo. ¡No me lo vas a creer! ¡Es un milagro!

—Un milagro? —preguntó Felipe y me hizo una guiñada como si intentara decirme algo. Después le pidió a Rosario que se sentara.

—Estás muy nerviosa, mujer, respirá un poco.

—Es que, es que, es que vine corriendo --dijo Rosario dejándose caer pesadamente sobre una silla.

—Bueno, ¿qué es lo que te puso así? Parecés un conejo con un ataque de nervios.

—Abrí la canilla para tomar agua —Rosario disparaba las palabras como una ametralladora—. Y de pronto salió un chorro muy fuerte, y cuando me serví un poco lo descubrí: ¡era soda! ¡En todas las casas es lo mismo! ¿Te das cuenta? ¡Es un milagro! —repitió y se persignó—. ¡Es una señal del cielo!

Quise reírme pero no me animé. Imaginaba la cara que iba a poner la mujer cuando le dijéramos la verdad. Pero minutos después, cuando Rosario repetía una y otra vez la misma historia y abría los ojos cada vez un poco más hasta parecer un pescado, el abuelo se quedó callado.

Cuando la mujer finalmente se fue, dejándonos los oídos llenos de palabras, el abuelo comenzó a reír. Pero yo no entendía.

—Por qué no le dijiste que fuimos nosotros? Felipe se acercó y volvió a acariciarme la cabeza, despeinándome, y como si tuviera muchísimo tiempo por delante, buscó en el estante de los discos hasta que sacó uno y lo puso.

Un sonido de guitarras desafinadas llenó el ambiente.

—Abuelo! —insistí.

El abuelo Felipe escuchaba la música y

tarareaba, golpeando la mesa con una mano.

—Abuelo!

—Qué?

—Por que no le dijiste que fuimos nosotros?

Felipe dejó de golpear.

—Es una mujer muy religiosa —contestó—.

¿Viste qué contenta que estaba? Cree que es un milagro.

—Ah —dije, tratando de entender.

—Fijate que quisimos hacer soda y al final logramos algo mucho más importante —dijo el abuelo subiendo el volumen del tocadiscos.

—Qué? —pregunté porque no lograba adivinar la respuesta.

—La hicimos feliz —agregó casi enseguida, mientras una voz muy grave salía del parlante cabalgando en los sonidos agudos de una guitarra.

el abuelo, quien dormía con su gorra marrón puesta, se sentó en la cama, se rascó la nariz y después dijo:

—Tranquilizate. ¡Ni que hubieras visto un fantasma!

Traté de calmarme y luego le conté lo sucedido, esperando que saltara de su cama como un superhéroe y fuera a enfrentarse con aquella cosa. Pero lo único que vi fue a un viejo que se reía a carcajadas.

—No le veo la gracia! —protesté.

Me acarició la cabeza y se levantó.

—No tenés que asustarte, viste a Casimiro; él vive en la torre.

¡Casimiro! ¿Sería un espíritu que habitaba en la torre? Nada de eso; el abuelo Felipe subió al cuarto, encendió la luz y señaló un pequeño hueco en el cielorraso,

—Ves? Esa es su cueva, vive ahí desde hace unos meses; siempre sale de noche a comer insectos, pero no tengas miedo, no hace nada. Después explicó que se trataba de un murciélago y que le había puesto ese nombre porque esos bichos son casi ciegos.

—,Y por qué no lo matamos? ¡Es horrible! —le dije, pensando que tener que compartir el cuarto con un murciélago no iba a ser demasiado agradable.

—Matarlo? —el abuelo pareció sorprendido—. g) ¡No! Es una especie de mascota. Además, ya te dije que no hace nada y cumple con una misión muy importante.

¿Misión? ¿Qué clase de misión podía tener un murciélago? Quise protestar, pero esperé la respuesta del abuelo.

—Se come los mosquitos! —dijo el viejo sonriendo.

Después regresó a su habitación, no sin antes

ofrecerme cambiar de cuarto, pero como no me gustaba ser tomado por cobarde, dije que no y volví a mi cama, aunque mantuve un ojo abierto durante bastante rato.

Lo que había dicho Felipe era cierto. Lo sabía pues lo había estudiado en la escuela: los murciélagos no atacan a las personas, y eso me tranquilizó un poquito.

Pensé también en que cuando volviera al barrio y le contara a mis amigos, me creerían muy valiente.

—Casimiro -dije finalmente en voz baja y cerré los ojos.

Pero esta vez, cuando nuevamente estaba a punto de dormirme, escuché voces.

Estaba tranquilo, ya que sabía que los murciélagos no hablan y también porque estaba seguro de que las voces venían del lado de afuera de la casa.

De todos modos me asomé a una de las ventanas y traté de escuchar

Por el camino que bajaba hacia la playa pasaban tres hombres. Pude verlos con claridad gracias al intenso brillo de la luna.

—Tenemos que enterrarlas allá! —dijo una de las voces.

—No —dijo otra voz—. ¿Qué importa que las vean?

—Igual nadie va a saber que fuimos nosotros —
dijo la tercera voz.

Vi cómo los hombres, que cargaban unas bolsas grandes y negras, se perdieron en la oscuridad. Entonces recordé cosas que había visto en la televisión y sentí frío en la espalda: era el miedo otra vez.

Tenía ganas de bajar y volver a despertar al abuelo Sí, estaba seguro: esos hombres eran unos criminales que a lo mejor se habían escapado de la cárcel. Estaba seguro que iban a la playa a esconder las pruebas de algo terrible.

—Si despierto al abuelo otra vez, seguro que se enoja —pensé sin saber qué hacer.

Decidí esperar y seguí mirando por la ventana, pero los hombres no volvieron a pasar.

Esperé tanto que me quedé dormido recostado a la ventana.

V. Bolsas en la playa

levantarse!—. La voz del abuelo subió las escaleras y me despertó muy temprano. Con los ojos todavía a medio abrir, miré alrededor y vi todo nublado. La luz del sol me hacía doler los ojos.

¡Los hombres? Casi los había olvidado: esos tipos de caras siniestras que habían bajado a la playa. Seguro que eran unos criminales. Tenía que contarle a Felipe.

Ese pensamiento me sacudió el sueño de encima y casi enseguida bajé del cuarto como si tuviera un cohete en los pies.

—Abuelo? —exclamé al entrar en la cocina donde el viejo servía café con leche.

—Vení, sentate y comé —dijo el viejo—. ¡Qué cara! ¿Dormiste mal?

Apurado, me metí un pedazo de pan en la boca y sacudí la cabeza.

—Unglhos hmbfres? —dije, escupiendo migas.

—No te entiendo.

Tragué el pedazo de pan y después le conté toda la historia: que los hombres, que la noche, que estaba seguro de que eran unos bandidos criminales malhechores y todas esas cosas. El abuelo Felipe se paró y miró por la ventana para ver el camino del costado de la casa. Después se sentó y dijo algo que me hizo tragar el pan de apuro:

—Tenemos que ir a ver.

Imaginé que éramos un par de detectives a punto de comenzar una aventura y no sabía que al menos la última parte de mi idea no era del todo equivocada.

Caminamos hasta la playa. El viento levantaba olas y arena junto al viejo muelle de madera y hacía reventar el agua contra las rocas.

Félice caminaba cerca de la orilla y trataba de esquivar el agua cada vez que una ola se desparramaba cerca de sus pies.

—Creo que fue por allá —dije, señalándole el

final de un camino angosto.

Encima de nosotros una gaviota intentaba avanzar contra el viento, Se quedaba ahí, congelada en el espacio y después, empujada por una mano invisible, se dejaba ir hacia atrás a gran velocidad.

Quedé maravillado y pensé que me encantaría poder volar así, tener alas para ir a cualquier parte del mundo.

Pero el abuelo ya había llegado al lugar señalado y tuve que correr para no quedarme atrás. Sentí que el corazón me latía con fuerza.

Allá en casa siempre veía el noticiero y me asustaba un poco de las cosas que mostraba, cosas que me impresionaban muchísimo más que las de esos

programas que mis padres casi nunca me dejaban ver. Me apuré al ver que Felipe me hacía señas y cuando llegué al lugar vi algo que me dejó paralizado de terror: las bolsas negras, con su carga misteriosa, estaban allí, tiradas sobre la arena.

—No lo hagas! —grité cuando Felipe se agachó a revisar una de las bolsas; estaba seguro de que adentro había algo horrible. Pero el viejo sacudió la cabeza, revisó la primera y fue a ver la segunda.

Lentamente me arrimé y me animé a mirar la bolsa que había quedado abierta.

Basura. Latas vacías. Botellas. Bolsas de plástico, restos de comida, cáscaras de huevo y

de naranjas... y nada más.

—Qué asco! —pensé al ver que en la segunda y también en la tercera bolsa había lo mismo.

El abuelo Felipe parecía muy enojado. Levantó una ceja como los personajes de los dibujos animados y se paró para mirar alrededor.

Me preguntó de dónde habían venido los hombres y le señalé el lugar: el camino nacía a unas cuadras de distancia frente a un bosque en el que se veía un gran galpón gris.

Regresamos a la casa en silencio. El abuelo parecía muy preocupado, como si en lugar de basura hubiese descubierto aquello que yo había imaginado.

Cuando entramos y volvimos a la cocina, el abuelo siguió así, con una mueca de tristeza en la cara.

—Qué pasa? —pregunté sin entender. Después de todo no era más que un poco de basura y eso — creí— no era razón para que el viejo se preocupara tanto.

—La gente es muy chancha! —afirmó Felipe enojado—. ¿Te das cuenta? Este lugar es casi un paraíso.

La playa, los pájaros, el aire limpio.., pero desde que están ellos ahí, siempre están sucediendo cosas muy feas, cosas como éstas.

—Pero abuelo, eran nada más que tres bolsas.

—Sí, ahora fueron tres, pero mañana pueden ser más, hasta que otros y otros y otros hagan lo mismo y un día en lugar de una playa vamos a tener una montaña de basura, una montaña que va a tapar el sol.

El abuelo caminó por la cocina y después agregó en tono misterioso:

—Además, también están pasando otras cosas.

—,Cosas? ¿Qué cosas?

—Nada, nada —el abuelo parecía cada vez más preocupado.

—Pero qué podemos hacer nosotros? —

pregunté, imaginando una montaña de basura que llegaba al cielo.

Felipe me miró y sonrió, pero no usó su sonrisa habitual, sino una sonrisa astuta, de viejo zorro, como la de alguien que tiene un plan maravilloso.

—Tengo un plan maravilloso! —dijo finalmente el abuelo—. ¡Ya les vamos a enseñar a esos chanchos!

Después se sentó y me contó lo que íbamos a tener que hacer esa noche.

Y ese fue el verdadero principio de todo el lío.

VI. Gabriela

Esa tarde, mientras pensaba en cuál sería el plan del abuelo, salí a caminar. Hacía algo de frío y sentí el aire raspándome la cara.

La zona era muy tranquila y mientras avanzaba

miraba las casitas blancas llenas de tejas rojas, las calles angostas agujereadas de pozos y a los vecinos que pasaban en bicicletas antiguas y pesadas.

Los árboles altísimos se movían muy despacio, balanceándose de un lado a otro y parecían contarse secretos entre ellos.

Me metí las manos en los bolsillos porque el frío me las hacía doler un poco y cuando llegué a la esquina siguiente vi algo que me hizo sentir muy extraño.

Fue algo así como una explosión chiquita en el medio de mi frente o uno de esos rayos paralizantes que disparan los extraterrestres, no sé, pero me quedé congelado y me olvidé de todo: del lugar, del frío y hasta del plan del abuelo.

Ahí, sentada sobre un tronco caído frente a una cabaña, había una chica, mirándome.

Fue medio cómico porque cuando se dio cuenta de que yo la miraba, bajó la vista y se hizo la disimulada mientras pasaba las páginas de una revista

Aquello sí que era extraño. Claro, no me refiero a estar parado o a ver una chica, ni nada de eso; quiero decir que lo curioso era que nunca antes me había sentido así, había una cosa tibia que de pronto me recorría el cuerpo.

Nunca me animaría a contárselo a mis

compañeros de clase, pero la verdad es que sentí unas ganas enormes de acercarme y hablarle, aunque no sabía qué decir y me quedé parado como un idiota, mirándola.

Ella tenía el pelo supernegro, como el café, y unos ojos grandes de no sé qué color y además, ahora me miraba ¡y sonreía!

¿Qué tenía uno que hacer en estos casos?

En clase nunca explicaban estas cosas. Hablaban de historia, de hacer cuentas, de mil cosas, pero no de esto.

Además, yo no tenía ninguna experiencia en el asunto, así que lo primero que tuve ganas de hacer fue salir corriendo, pero a pesar de eso me acerqué y dije algo.

—Qué? —preguntó ella.

Sentí que había metido la pata y me puse colorado.

—Vos no sos de acá —dijo ella.

Contesté que no, que estaba pasando unos días en lo de mi abuelo Felipe, y cuando mencioné ese nombre ella volvió a sonreír.

—Lo conocés?

—Claro! Es amigo de mi abuela., además, acá todos lo conocen.

—Sí, es medio especial.

Después de un rato me sentí más tranquilo y me animé a preguntarle el nombre —se llamaba Gabriela— y decirle el mío, pero cuando

estábamos en plena charla y pensaba en invitarla a ver mis dibujos, apareció la señora Rosario.

—Hola, Marcos! —dijo la vieja asomándose a la puerta—. De tal abuelo tal nieto, ¿eh?

No entendí a qué se refería, pero vi que Gabriela se había puesto un poco incómoda.

El asunto es que ella tuvo que entrar en la casa y yo volví al camino que bajaba a la playa.

Ahora tenía la cabeza llena de cosas y me sentía muy nervioso, de una manera totalmente nueva: era una cosa en el estómago que parecía moverse sola.

Además había otras cosas: el comentario de la señora Rosario acerca del abuelo, el plan que tenía el viejo para la noche, los tipos extraños, la basura..., todo parecía tan nuevo, tan curioso, que sentí ganas de salir corriendo y no parar hasta llegar a mi casa, allá en la ciudad.

Claro que mis padres estaban lejos y sabía que sólo se trataba de una idea bastante estúpida de mi parte, así que corrí de vuelta a la casa del abuelo. El volumen de la música era ensordecedor.

—Robert Johnson! —gritó el abuelo agitando un pincel en el aire mientras se hamacaba sobre su pie derecho, bailando como un mono.

Tenía la ropa llena de manchas rojas, azules, verdes..., y parecía muy feliz, ahí, frente a un cuadro a medio hacer.

—Qué?

un gran guitarrista! —agregó el abuelo como si hablara solo; después se acercó, me dio un beso en la frente y apagó la música.

—Tenemos que festejar! —dijo y me dio un billete—. ¿Te animás a ir al almacén y comprar unas cervezas?

Dije que sí y pregunté cuál era la gran ocasión. El abuelo puso otra vez esa cara cómica que siempre hacía, levantó una ceja y sacó pecho mientras se ponía a caminar alrededor haciéndose el tipo importante.

—Vendí un cuadro!

Salí de la casa apuradísimo, no porque tuviera tantas ganas de hacer un mandado, sino porque pensaba que a lo mejor podía volver a cruzarme con Gabriela.

Y además, en casa nunca me dejaban probar la cerveza.

VII. La venganza del abuelo

La verdad, no sé qué le ven de bueno los adultos. Aquella cosa tenía un gusto horrible y amargo, pero al abuelo parecía gustarle. Sentado, mirando el fuego de la estufa a leña, fumaba un cigarrillo y se tomaba un vaso y otro y otro. Yo le decía que parara, pero él, con la cara toda roja y los ojos muy brillantes, seguía callado mirando el fuego y de vez en cuando hablaba de lo mucho que extrañaba a la abuela.

—Rara cosa la vida —decía el viejo, pero yo no entendía si estaba hablando de los cuadros, de la abuela o vaya uno a saber de qué.

Y estaba también esa música que se pasaba escuchando, esas guitarras que sonaban como si hubiesen hecho la grabación en un cuarto de baño, con voces roncadas y negras.

—Ah, el blues! —repetía el abuelo—. El blues es como la vida. ¿Te das cuenta? La vida es muy rara, a veces es maravillosa y otras... —decía después y volvía a quedarse callado, Mientras tanto yo pensaba en Gabriela. ¿Qué estaría haciendo ahora? ¿Estaría allá en su casa mirando el fuego?

Al rato el abuelo se levantó de su sillón, se frotó las manos, me acarició la cabeza, despeinándome, y después dijo:

—Bueno! Es hora de arreglar este asunto de la basura.

Nos abrigamos y salimos. La noche era bastante clara y el cielo estaba lleno de manchas amarillas, como si el abuelo hubiese sacudido su pincel hacia arriba.

Eran estrellas, claro, pero en ese momento, después de mirar el fuego, escuchar música rara y pensar en Gabriela y todo eso, se me había dado por hacerme el poeta.

Cargamos las bolsas negras y gordas y las pusimos en un carrito de madera con ruedas de

bicicleta que el abuelo usaba para traer leña y después caminamos por una calle angosta y oscura.

Los árboles, que antes me habían parecido tan graciosos, ahora parecían monstruos flacos que agitaban sus brazos en la oscuridad.

Escuchaba el susurro del viento y los perros que ladraban a lo lejos.

—Y si volvemos? Hace mucho frío —dije, hablando bajito porque todo aquel asunto me estaba asustando un poco.

—No vamos a parar ahora —dijo el abuelo y siguió tirando del carrito hasta que llegamos al borde del bosque.

A unos cuantos metros, estaba el galpón gris, iluminado apenas por una lamparita amarilla. Creí que en cualquier momento iban a aparecer aquellos tipos con pinta de criminales. Sentí que a lo mejor nos estaban observando y de nuevo tuve ganas de salir corriendo, pero el abuelo agarró dos de las bolsas y se metió entre los árboles.

Corno pude, porque era bastante pesada, agarré la tercera bolsa y lo seguí.

Juro que podía escuchar cómo me latía el corazón —tum, mm, mm—, y creí que el sonido se oía desde lejos, pero seguí avanzando.

Cuando llegamos junto al galpón, el abuelo me hizo una seña y pusimos las bolsas en el suelo, las abrimos y desparramamos toda la basura en

la entrada.

El abuelo hizo unos gestos cómicos y parecía muy divertido imaginando la cara que pondrían los tres hombres al ver lo que habíamos hecho, pero de pronto algo sucedió: una luz blanca y fuerte se encendió arriba, en una ventana.

—Abuelo! —lo agarré de un brazo—. ¡Vamos! El abuelo Felipe me miró, miró la luz y movió la cabeza como diciendo que sí. Entonces corrimos hasta el costado del galpón y nos escondimos detrás de un árbol gordo.

La puerta del galpón se abrió lentamente.

Tum, mm, tum... era mi corazón de nuevo. Ahora seguro que nos descubrían.

Un hombre se asomó y gracias a la luz pude ver la cara de sorpresa que puso.

—Vengan! —gritó, llamando a los otros, mientras miraba en todas las direcciones.

—Carajo! —dijo el segundo hombre que salió muy enojado y agarró la basura a patadas.

Despacito retrocedimos hasta que llegarnos al carro, lo agarramos y salimos corriendo a toda velocidad.

Cuando llegamos a la casa y entramos, nos quedamos callados un segundo mientras tratábamos de recuperar el aliento, pero casi enseguida el abuelo se sentó y empezó a reír. Pero no era una risa así nomás, era una risa suave que aumentaba de a poco y se volvía cada vez más y más y más aguda, una risa que parecía

contagiarlo todo, el fuego, las paredes, los discos y, claro, también a mí.

Me reí tanto que me dolía la barriga y tuve que parar un poco para respirar, pero el abuelo simulaba salir y encontrar todo lleno de basura. —Carajo! —decía poniendo cara de enojado mientras daba patadas a la basura imaginaria y nuestras risas reventaban en el silencio.

VIII. Cangrejos automáticos.

Esa noche tuve un sueño. Estábamos con el abuelo al costado del galpón, pero ahora había unas

enormes ventanas amarillas y un olor como de miles de zapatos viejos se mezclaba con el sonido fuerte de unos golpes metálicos.

¡Cham! ¡Cham! Cham!

Entonces descubrí una puerta muy pequeña y la abrí. Era una fábrica gigantesca en la que no parecía haber ninguna persona.

Todo lo que había allí se movía solo. Había unas enormes y brillantes calderas de aluminio que temblaban encima de largas patas de bronce, cientos de tubos de vidrio y metal se desparramaban por todos lados formando una red que conectaba un recipiente con otro y otro, en una larga fila que parecía no tener fin.

El abuelo me agarró una mano y los dos estábamos asustados y asombrados al mismo tiempo.

De pronto hubo una explosión de vapor y más allá, sobre un costado de las calderas, vimos que algo se movía en medio de una nube gris.

Unas máquinas cuadradas, con brazos de robot, avanzaban sobre rieles de ferrocarril.

—Parecen cangrejos —dijo el abuelo.

Entonces los cangrejos se detuvieron frente a las calderas y con movimientos articulados —trac, trae, trac—, abrieron varias tapas al mismo tiempo.

Un vapor amarillo escapó y se remontó por el aire y de pronto todo, calderas, brazos metálicos, tubos y cangrejos, comenzó a moverse rápidamente.

Tres focos de luz muy fuertes se encendieron encima de la fábrica y el mido se hizo más y más y más poderoso.

Algo, algo importante estaba a punto de suceder. Apreté la mano arrugada del abuelo.

En una caja de hierro del tamaño de una casa se abrió una puerta. Los cangrejos automáticos extendieron sus brazos en medio de una lluvia de chispas.

De pronto, de adentro de la caja salió un tanque rojo que cayó en los brazos de las otras máquinas.

Los cangrejos avanzaron sobre las vías y salieron del galpón mientras los seguíamos sin hacer ruido.

Afuera no había bosque, sino la mismísima orilla del mar.

—Desgraciados! —gritó el abuelo y yo quería hacer lo mismo pero no podía.

Acababan de tirar el tanque rojo al agua y ahora el mar se llenaba de olas enojadas, como si aquella cosa le doliera.

—¡Tenemos que hacer algo! —dije y corrí hasta la orilla, pero el tanque ya no estaba.

Entonces escuché unos sonidos, risas, que venían desde muy cerca y me desperté.

Pero las risas suaves todavía estaban ahí.

Me senté en la cama sintiéndome muy cansado, como si el sueño me hubiese hecho correr muchísimo.

Me froté los ojos; las risas habían cesado y creí que, a lo mejor, sólo habían sido parte del sueño, una parte que tardó un poco más de tiempo en apagarse.

Volví a recostarme y me di vuelta para seguir durmiendo, pero una risa aguda, más fuerte que las anteriores, subió por la escalera de mi cuarto. No era la risa del abuelo.

¿Qué estaría pasando?

A lo mejor aquellos hombres habían entrado en la casa.

¡El abuelo! ¿Y si estaba en peligro? No sabía qué hacer, ya que yo no era exactamente Flash o Batman, sino un niño bastante flaco y con poca

vocación de héroe.

Pero no podía quedarme así: ¡tenía que hacer algo!

Sin hacer ruido me levanté y busqué en la oscuridad algo que pudiera servirme. Debajo de la cama encontré un palo de escoba y lo agarré. Respiré hondo para juntar fuerzas y empecé a bajar la escalera

Las piernas me temblaban y pensé que sería genial poder hacer como en la tele donde los héroes se toman unas píldoras de superpoderes y revientan a todo el mundo.

Pero claro, esto era la vida real y las únicas píldoras que había tomado alguna vez eran para la fiebre.

Seguí bajando hasta que llegué al final de la escalera. Me quedé muy quieto para escuchar mejor; las voces venían del dormitorio del abuelo.

Seguro que lo estaban atando con esas sábanas viejas que usaba. Tenía que actuar rápidamente. Así que respiré hondo una vez más y entré al cuarto corriendo y con el palo de escoba levantado, listo para romper cabezas.

IX. Sorpresa en la noche.

abuelo! —grité en la oscuridad del cuarto.

¡ Me quedé parado con mi brazo levantado y el palo de escoba en alto.

En la penumbra, el abuelo hizo un movimiento con las mantas. Después prendió la luz; estaba pálido y parecía tener serios problemas para hablar.

Bajé el palo de escoba sintiéndome el Premio Nobel de los idiotas porque ahí, al lado del abuelo, había otra persona totalmente tapada con las mantas.

Estoy seguro de que mi cara se puso colorada porque mientras volvía a mi cuarto, sentía fuego en los cachetes.

Las cosas se me mezclaban: vergüenza, enojo conmigo por haber entrado así y un montón de dudas.

No sabía qué hacer, todo me daba vueltas. Es decir, muchas veces había hablado con mis compañeros acerca de estas cosas de los hombres y las mujeres y todo eso que veíamos en las películas de la televisión.

A veces tenía muchas dudas, pero nunca me había animado a preguntarle a papá y mucho menos a mamá porque me daba vergüenza, pero de todos modos nunca había pensado que los viejos..., es decir... bueno, ya saben...

Escuché que Felipe se levantaba y hablaba bajito. Después se abrió la puerta de su cuarto. Escuché sus pasos en la escalera.

—Marcos —llamó bajito y tosió un par de veces. Cuando entró al cuarto yo no sabía qué decirle. Quería que la tierra me tragara, desaparecer así:

¡puf!., como hacen los magos.
Pero el abuelo vino y se sentó a mi lado y otra vez me acarició la cabeza, despeinándome.
Moví la cabeza a un costado con vergüenza.
—Marcos —insistió el abuelo—. Es que, es que..
—dudó.
—No sabía, no sabía! —dije.
—No entendés —dijo él.
—Pero sos viejo!
—Sí, soy bastante viejo para muchas cosas, pero también soy una persona que a veces se siente sola y algunas veces, como esta noche, me siento más joven. ¿No te das cuenta?
No, no me daba cuenta. Y se lo dije.
—Tenés que darte cuenta que los viejos somos humanos como todos, como tus padres. ¿Ellos nunca te hablaron de... de... en fin..., de estas cosas?
Sacudí la cabeza y de pronto descubrí algo; acababa de acordarme de aquellas palabras de la señora Rosario que me habían llamado la atención: “De tal abuelo, tal nieto”.
—Es ella, ¿verdad? —me animé a preguntar.
—Y eso qué importa?
—Pero es la señora Rosario, ¿verdad? —insistí.
El abuelo suspiró.
¡Así que el abuelo y la señora Rosario, la abuela de Gabriela... venían a ser algo así como novios!
Esa idea, que al principio me pareció muy loca,

de a poco fue creciendo y por alguna razón me hizo sentir bien.

Supongo que fue porque, me cuesta decirlo, me gustaba Gabriela y eso hacía que de alguna manera el abuelo Felipe y yo tuviéramos algo en común.

El abuelo todavía estaba ahí y quedaba muy cómico con su camiseta blanca con agujeros en la barriga. Parecía avergonzado, como si lo acabaran de rezongar por una travesura y el verlo así, tan cansado y con algo de miedo, me hizo sentir distinto.

Entonces me levanté, lo miré, le pasé una mano por la cabeza pelada y lo abracé.

El viejo suspiró y se quedó así durante un rato.

—Te extrañé mucho —dijo.

—Creí que estabas en peligro —dije, sintiéndome muy tonto y ambos reímos.

Después, cuando el abuelo bajó otra vez a su cuarto, me quedé un rato pensando en aquellas cosas que había dicho antes, sobre cómo la vida podía ser extraña y maravillosa al mismo tiempo.

De mañana bajé a la cocina casi con miedo de encontrarme con la señora Rosario. No iba a saber

ni qué cara poner, ni qué decir, ni nada, pero cuando entré, el abuelo silbaba y servía el café con leche.

Vi que arriba de la mesa había un plato con torta de chocolate y estaba seguro de que no la había

hecho él. Pero no hice preguntas. Además la tolla estaba deliciosa y yo estaba muy ocupado comiendo.

Ya casi ni me acordaba del galpón misterioso, ni de los tipos siniestros, aunque muy pronto los íbamos a encontrar de nuevo.

X. Paseando con Gabriela

Me pasé como media hora en la esquina haciéndome el disimulado, mirando para arriba y silbando, pero nada: no había movimientos en la casa de Gabriela.

Al rato, cuando estaba a punto de darme por vencido, la puerta se abrió y la vi salir muy contenta.

—Hola. ¿Qué andás haciendo? —preguntó, haciéndose la sorprendida.

—Nada, nada, esté... pasaba por acá... y... —las palabras me salieron muy entreveradas.

Entonces ella dijo las palabras mágicas que yo quería decir y no sabía cómo:

—Está lindo para ir a ver las olas, ¿no te parece?

—Ajá —dije, tratando de parecer como si aquello no me importara mucho—. Igual no tengo otra cosa que hacer.

Al principio caminamos sin decir nada, escuchando el sonido de nuestros pasos sobre las calles de pedregullo. Más allá, donde terminaba

el camino, se vela un mar callado y liso.
Bajamos por la arena fría y aunque tenía ganas, g
no me animé a descalzarme.

—Te gusta? —preguntó Gabriela mientras dibu-
jaba sobre la arena con un palo.

—Sí —dije sin saber si se refería a la playa, al
dibujo o a que estuviera con ella.

Ahora pensaba en aquellos tipos, en la basura, y
me puse un poco nervioso. Por las dudas miré
hacia atrás, hacia el camino, pero no había nadie.
También tenía ganas de preguntarle a Gabriela si
sabía lo de su abuela y mi abuelo, pero me quedé
callado mirando su dibujo y de pronto, no sé,
algo me ocurrió.

Fue apenas un momento en el que mi brazo se
movió solo, sin que yo le hubiese dado ninguna
orden.

Estiré una mano y le toqué la cara. Ella me miró
y sonrió y yo me puse de todos los colores del
mundo, miré para otro lado y salí corriendo.

Corrí a toda velocidad unos cincuenta metros y
después me dejé caer sobre la arena. Sentía una
cosa, un calor en la mano, un nudo en la garganta
y mil otras sensaciones que iban y venían por
todas partes.

Así, tirado en la arena, miré el cielo superazul y
me puse a pensar en qué debía hacer. Había
corrido sin saber porqué y ahora tenía tantas
dudas, tantas preguntas que me habría gustado

hacerle a alguien...

¿Se sentirían así los adultos?

No lo sabía, pero sentía exactamente como si tuviera una pelea de penos adentro de mi barriga. Gabriela dejó sus dibujos y corrió hasta mi lugar. Después, también se tiró sobre la arena para ver el cielo.

—,Te llevás bien con tus padres? —preguntó, ras-
cándose una oreja.

¿Me llevaba bien? No estaba seguro, es decir, sí, a veces, yo qué sé, todo parecía cambiar tan rápido. Me acordé de cómo eran las cosas cuando era más chico y ellos festejaban todo lo que yo hacía. Bastaba que hiciera dos rayas sobre un papel para que ellos pusieran caras de estar viendo una obra maestra de la pintura universal. Ahora era distinto. Dos por tres me decían que ya era grande y tenía que hacer caso, ordenar mi cuarto, estudiar, peinarme y todo eso, aunque a veces yo no tenía ganas de nada, pero de nada, y me enojaba cuando ellos insistían y a veces les contestaba fuerte.

Entonces se enojaban ellos: mamá se ponía mal y papá le decía que era por mi edad o algo así...

Esas veces me venían ganas de ser más chico otra vez, porque entonces todo era mucho más fácil y no tenía tantas cosas de qué preocuparme. Así que en realidad no sabía si me llevaba bien o

mal, aunque estaba seguro de que me llevaba mejor que otros compañeros que siempre se quejaban de sus padres, padrastros, tíos, tías y todo eso.

—Creo que sí —le contesté y después, otra vez sin saber porqué, le dije:

—Sos muy linda.

Gabriela me miró y se rió un poco, se levantó y salió corriendo hacia los médanos grandes.

—Esperame! —grité y salí detrás de ella a toda velocidad. Me sentí una gaviota dejándose llevar por el viento del océano. Llegué a los médanos y salté rodando por la bajada, salpicando arena para to dos lados.

Ella hizo lo mismo y terminamos señalándonos muertos de risa porque parecíamos abominables hombres de las nieves.

Gabriela volvió a trepar a la cima del médano y se preparó para rodar de nuevo, pero de pronto empezó a mover los brazos en el aire y a llamar me. Pensé que estaba imitando a un pájaro y reí, pero

al ver que insistía me levanté y fui a ver.

En una mancha amarilla, una mancha grande que le había salido al mar cerca de la costa. El color era muy fuerte así que era imposible no verla.

—Parece pintura —dijo ella.

-Ajá.

—Vamos a ver!

Corrimos hasta la orilla y yo me preguntaba qué

cosa podía ser. No había nada en el mar que pudiera tener ese color.

Volví a pensar en la basura, en aquellos hombres y en lo que había dicho el abuelo acerca de las cosas raras que sucedían.

También recordé mi sueño.

—Cuidado! —advertí al ver que una gaviota planeaba muy bajo acercándose a la mancha. Había también un olor a caca que crecía y crecía a nuestro alrededor.

—Qué asco! Tenemos que avisarle a alguien — dijo Gabriela.

Entonces ella se dio vuelta, me dio un beso y » salió corriendo.

Así nomás. ¡Paf Un beso.

Me quedé duro, convertido en una estatua . Llena de arena, tocándome los labios y sin poder creerlo.

No había sido como en las películas, en esas partes que siempre me habían parecido tan **aburridas**, cuando la muchacha se acerca en cámara lenta y se escucha una música suave; pero igual me sentía rarísimo.

Pero no tenía tiempo para pensar. Aquella cosa amarilla seguía flotando en el agua. La miré una vez más y vi algo que me hizo salir corriendo como un loco: la gaviota que antes había pasado muy cerca de la mancha, voló hacia la costa y al final cayó sobre la arena, como si estuviera muerta.

Subí por el camino y alcancé a Gabriela justo antes de llegar a su casa.

—La gaviota! —dije, agarrándola de un brazo—.

¡Me parece que...!

Quería decir algo, pero las ideas se me habían trancado y justo en ese momento vimos a la señora Rosario. Venía muy apurada por la calle y al verlos levantó los brazos.

—Marcos! —gritó y me asusté pensando que se había enterado del beso en la playa.

La señora Rosario parecía muy agitada y cuando llegó casi no podía respirar.

—Abuela! —exclamó Gabriela—. ¿Qué te pasa?

—Felipe! —dijo ella señalando el camino de la cabaña—. ¡Hay que conseguir ayuda!

Rosario no terminó de decir aquello cuando, convertido en rayo, salí disparado hacia la casa perseguido por una terrible sensación de miedo.

XI. Felipe en problemas

Media cuadra antes de llegar a la casa vi a los tres hombres parados en la calle, moviendo sus brazos como si le gritaran a alguien.

Después, cuando estuve más cerca, vi que en la ventana de arriba se asomaba el abuelo y les hacía unos gestos que mejor no describo.

—Bajá de ahí, viejo! —decía uno de los tipos.

—Sabemos que fuste vos —agregaba otro mientras el tercero, con un fierro en la mano,

miraba en silencio.

No podía meterme en la casa por la puerta de adelante porque entonces ellos me iban a ver, así que crucé por el terreno del vecino y corrí hasta la entrada de atrás.

—La culpa es de ustedes, manga de chanchos!

— gritaba el abuelo.

—Te vamos a reventar! —gritaban los tipos desde la calle.

Sentí un miedo enorme, las piernas me temblaban y apenas podía respirar. Si ellos se metían en la casa no habría mucho que el abuelo y yo pudiéramos hacer, así que cuando llegué al pie de la escalera me frené y traté de calmarme.

—Abuelo —llamé bajito—. ¡Abuelo! —insistí.

Felipe se asomó.

—Ah, ¿volviste? —después dudó un poco y miró hacia la ventana—. Me parece que estamos en un lío.

Traté de pensar muy rápido. Había que hacer algo, urgente, pero no se me ocurría nada.

—Tenés que conseguir ayuda —dijo el abuelo y volvió al cuarto para seguir insultando a los hombres que cada vez estaban más enojados y golpeaban la puerta como para tirarla abajo.

—Abrí! ¡Viejo cobarde!

Me decidí y salí corriendo por la puerta de la cocina sin que me vieran. Crucé de nuevo el terreno de al lado y seguí corriendo hasta el

boliche que quedaba en la esquina de la calle principal. Allí siempre había gente y casi todos eran amigos del abuelo.

Entré y me llevé por delante una de las mesas.

Un señor me gritó pero no le hice caso. Me paré en el salón y traté de tomar un poco de aire. Unos cuatro hombres que estaban contra el mostrador me miraron como a un bicho raro.

—Mi abuelo! —dije, tratando de no ponerme a llorar—. ¡Hay tres tipos que lo quieren agarrar! Uno de los hombres dejó su vaso a un lado y me miró.

—,Qué pasa, botija? ¿Quién es tu abuelo?

t —Felipe... y...

No alcancé a terminar la frase. Los cuatro salieron muy decididos hacia la puerta diciendo “el viejo

Felipe, qué barbaridad”, y cosas por el estilo.

La sorpresa de aquella reacción, tan rápida, me había dejado ahí, clavado contra el piso, pero cuando vi en las paredes del salón varios de los cuadros del abuelo salí corriendo detrás de los hombres.

Cuando llegamos a la casa todo estaba en silencio. Sobre el camino había vidrios rotos.

—Abuelo! —grité, y corrí hasta la puerta de la cocina con los hombres siguiéndome detrás.

—i Felipe! —gritaron ellos entrando conmigo—.

¿Estás bien?

Nadie contestó.

Entramos al living y entonces vimos una cosa increíble: el abuelo, sentado sobre un banquito, pintaba una tela blanca y tarareaba una melodía como si nada hubiese sucedido.

Los hombres me miraron.

—Qué pasó, qué pasó? —pregunté, acercándome.

El abuelo me miró y después saludó por sus nombres a sus amigos.

—Ah, veo que vinieron enseguida —dijo y empezó a reírse.

—Pero, Felipe... ¿qué pasó? —preguntó uno de sus amigos.

Felipe se levantó, se limpió las manos con un trapo sucio y caminó hacia su viejo tocadiscos.

—Otra victoria del perro instantáneo! —dijo, mostrándonos un disco que todavía giraba sobre el plato.

Nos miramos sin entender, pero el abuelo parecía muy divertido.

—Fue fácil —dijo el abuelo—, les dije que si seguían molestando iba a soltar a los perros.

—Perros? ¿Qué perros? —pregunté sorprendido. El abuelo no me contestó; hizo uno de sus gestos burlones y me señaló dos cables que iban desde el tocadiscos hasta dos grandes cajas de parlantes que había colocado junto a la ventana.

Después volvió a poner el disco.

—Atrás todos! ¡Cuidado que muerden! —

advirtió.

Un sonido de perros saltó desde los parlantes: eran ladridos furiosos que parecían a punto de lanzarse contra todos los enemigos del mundo. Después que el abuelo bromeó un rato acerca de lo peligrosos que eran sus perros imaginarios y todos nos reímos bastante, sus amigos regresaron al boliche y las cosas volvieron a la normalidad.

Casi a la normalidad, porque más tarde, mientras intentaba dibujar monstruos, vi que el abuelo se paseaba pensativo por el cuarto, hablando solo.

—Qué pasa? —pregunté.

—Nada, nada —se detuvo y dudó—. No sé, pero me parece que las cosas no van a quedar así, creo que vamos a tener que hacer algo más.

—j.Ah, sí? ¿Y qué podemos hacer? ¿Llamar a la policía?

El abuelo abrió sus brazos y después se encogió de hombros.

—Todavía no lo decidí —dijo—; a la policía fui una vez pero no me creyeron, porque... bueno, sucede que una vez me metí en un lío en el boliche y terminé por darle una piña a un señor que resultó ser el comisario, así que ellos creen que soy un viejo loco...

—Pero entonces, ¿qué podemos hacer?

—No sé, pero seguro va a tener que ser algo que aleje a estos buenos señores para siempre.

Esa noche, cuando las sombras se movían en la pared y no me dejaban dormir, pensé que el viejo tenía razón y que si no hacíamos algo, muy pronto volveríamos a encontrarnos con los tres personajes.

Y a lo mejor, la próxima vez no tendríamos tanta suerte.

XII. La mancha amarilla

Algo me sacudió y abrí los ojos para ver al abuelo que, con la cara risueña, estaba parado al lado de mi cama.

—Hora de levantarse, señor dormilón! —dijo y caminó hacia la escalera—. Ah, casi me olvido; hay alguien abajo, esperándote.

Después me hizo una guiñada y se fue.

Me levanté muy despacio, porque es algo que siempre me cuesta bastante. Después bajé y fui a la cocina, pero al entrar el sueño se me pasó de golpe, como si me hubieran echado un balde de agua fría en la cabeza.

—Hola —dijo Gabriela y sonrió.

Pensé que mi cara de dormido le debía parecer muy cómica, pero no dije nada porque Felipe estaba ahí también y eso me dio un poco de vergüenza.

—Ah, hola. ¿Cómo andás?

Ella sonrió de nuevo y yo me sentí tan supertorpe que casi vuelco el café con leche que el abuelo me había alcanzado.

—Gabriela me contó lo de ayer —me explicó el abuelo y sentí que un calor me subía por los cachetes.

—A—a—ayer?

—Sí, en la playa —agregó Felipe.

Qué bocona! ¿Por qué tenía que contarle? Bueno, un beso no tenía nada de malo, pero decírselo al abuelo me parecía, no sé...

—Era grande la mancha? —preguntó el abuelo.

—La man...? Ah, sí, la mancha... ¡La Mancha!

— exclamé al darme cuenta de mi error y sentir un alivio muy grande.

Entonces le contamos al viejo todo el asunto de aquella cosa amarilla que flotaba en el agua.

También le dije lo que le había pasado a la gaviota.

Mientras hablábamos, el abuelo se paseaba pensativo por la cocina. Parecía muy preocupado y cada tanto nos interrumpía y pedía que le repitiéramos cómo era aquella mancha, cómo la habíamos descubierto y todo eso.

Después se sentó otra vez y estuvo varios minutos callado, tomando pequeños sorbos de su taza y dando largas pitadas a su cigarrillo.

—Bien —dijo finalmente—. Quiero que vuelvan

a la playa a ver si la mancha todavía está allí.
—No sería mejor que vinieras con nosotros?—
pregunté—. A lo mejor esos tipos andan por ahí.
—Quedate tranquilo, que yo sepa ellos nunca te
vieron; además, antes tengo que hacer unas cosas
importantes. Ustedes vayan, vigilen la playa y
esperen allá hasta que yo llegue.

Terminamos el desayuno y salimos juntos. El
abuelo montó su bicicleta y se fue mientras
Gabriela y yo agarramos por la calle que bajaba a
la playa.

Claro que mientras caminábamos, hablando de la
mancha y preguntándonos qué planearía el
abuelo, yo también pensaba en otras cosas y
volvía a tener esa sensación de diez mil sapos en
la barriga.

Quería hablarle, decirle lo que me pasaba desde
que me había besado, contarle que... no sé, que
sentía algo nuevo, muy nuevo y distinto, como si
una parte de mí hubiese crecido y cambiado de
golpe.

Pero, ¿qué podía decir? ¿Qué quería decirle?
—Me gustó muchísimo —dije, sorprendiéndome
por haberme animado a hablar.

Ella se hizo la boba y miró al cielo.

—,Viste ese pájaro? —dijo, señalando algo que
se había movido detrás de unos arbustos.

—Qué?

—Vení, vamos a ver —dijo ella y se metió entre
las ramas.

La verdad es que no estaba interesado en ningún pájaro estúpido.

Me metí entre las ramas detrás de ella y le agarré una mano, pero ella, sin soltarme, siguió mirando para acá y para allá.

—Era muy raro, tenía un color rojo en las alas — explicó.

Mi mano debía estar temblando porque ella me preguntó qué me pasaba.

Y entonces ocurrió de nuevo. Sólo que esta vez fue más largo, más suave y más todo lo que se pueda decir. Estábamos ahí y las ramas se movían y las nubes pasaban y el mar y todo parecía girar y girar y girar.

Después regresamos a la calle y finalmente llegamos a la playa.

Corrimos hasta la orilla.

—Mirá! — señalé hacia la arena a unos metros de distancia.

Fuimos a ver y encontramos dos gaviotas muertas. Caminamos un poco más y vimos también un montón de pescados y después, parándonos sobre una roca, volvimos a ver aquella cosa amarilla, allá, flotando como una isla.

—No puede ser la misma — dijo Gabriela—. La marea se la tendría que haber llevado.

—A lo mejor es muy pesada —dije y vi que allá atrás, por la bajada del camino, llegaba el abuelo Felipe.

El abuelo parecía muy molesto.

—No me hicieron ningún caso —nos explicó—. Fui a denunciar este asunto en la comisaría, pero nada; dijeron que tenían que tener pruebas.

Pero no tendrían que venir a ver? —pregunté.

—Bueno, supongo que sí, pero te dije que creen que soy un viejo loco y ya sabés que a los locos nunca se les hace mucho caso.

Después el abuelo se acercó más a la orilla y dijo que aquella cosa era venenosa.

—Pero ¿de dónde sale? —pregunté.

El abuelo Felipe se agachó, levantó una piedra y la tiró lo más lejos que pudo. La piedra abrió un

agujero de espuma en una ola.

—Tengo mis sospechas desde hace bastante tiempo —explicó—. Es algo que están tirando al mar y creo que todos sabemos quiénes son.

Me asusté al pensar en los tres tipos y también al acordarme otra vez de aquel sueño rarísimo que había tenido.

Pero el abuelo parecía muy seguro y casi contento.

—Ya van a ver.., muy pronto vamos a solucionarlo todo.

—,Ah, si? ¿Y cómo?—preguntamos Gabriela y yo al mismo tiempo.

—También hice una llamada muy importante — dijo el abuelo haciéndose el misterioso.

XIII. Como un agente secreto

Esa tarde, después de que el abuelo durmió una larga siesta, Gabriela y yo pasamos el rato mirando libros y las tapas de los discos que llenaban la casa. También tuvimos una pequeña discusión acerca de porqué en los cuadros de Felipe nunca aparecían personas.

Ella decía que al viejo no le deberían gustar demasiado las personas y yo pensaba que era porque a lo mejor no sabia dibujar gente y que le resultaba más facil hacer árboles y barcos.

En realidad no quise contarle a Gabriela que poco después de llegar a la casa, el segundo día, había encontrado unos dibujos bastante buenos de una mujer gordita y sin ropa, escondidos adentro de un libro.

Pero mientras estábamos que sí y que no, escuchamos el ruido de un motor y miramos por la ventana.

Era un auto muy chico, un Fiat 600 celeste y bastante roto que acababa de parar frente a la casa. Cuando la puerta se abrió, vimos aparecer a una mujer rubia y algo narigona, vestida con chaleco y vaqueros.

Después la mujer avanzó y golpeó en la puerta.

—Acá es lo de Felipe? —preguntó, sonriendo con unos enormes dientes blancos.

—Ajá, está durmiendo la siesta.

—Bien —dijo ella y volvió al auto, abrió la puerta

y regresó con un bolso grande.

—Ponelo por ahí, con cuidado —me dijo y volvió otra vez al auto para sacar una caja.

Pusimos las cosas arriba del sillón y nos sentamos sin saber qué decir.

—Vos debés ser el nieto, ¿Marcelo, verdad?

—Marcos —le dije mientras mi curiosidad aumentaba y también la de Gabriela quien le preguntó qué traía en la caja y el bolso.

—Son cosas que me pidió Felipe —contestó ella y miró su reloj pulsera—. ¿A qué hora se levanta?

No tuve tiempo de contestarle porque el abuelo con sus pocos pelos parados y unas grandes ojeras, entró al living y sonrió.

—Llegaste! ¡Pensé que no ibas a venir! —dijo el abuelo muy contento y después agregó:

—Bien, les presento a María, ella nos va a ayudra con este asunto.

Al principio me pareció medio extraño. Maria no era muy grande y a no ser que fuera una experta

karateca o algo así, no imaginaba de qué manera nos iba a servir contra aquellos tipos, pero

cuando

ella empezó a sacar cosas de la caja y del bolso, cambié de idea.

—,Dónde pongo las cosas? —preguntó María sacando una cámara de video.

—Donde quieras, ya es casi hora de ir —contestó Felipe.

Una hora después, los cuatro estábamos tirados en el suelo, escondidos detrás de los árboles y las plantas cercanas al galpón.

—Estoy seguro, ya escuché el ruido varias tardes—explicaba bajito el abuelo a María quien hacía girar el lente de la cámara y lo apuntaba hacia la entrada del galpón.

Gabriela y yo, tirados juntos detrás de un tronco grande, nos asomábamos apenas agarrándonos de la mano, esperando ver qué ocurría.

Y de pronto, tal como había dicho el abuelo, pasó algo. Un camión mediano frenó frente a la entrada del galpón y después se metió marcha atrás. El camionero tocó bocina un par de veces y la puerta se abrió.

—No hagás tanto escándalo! —dijo enojado uno de los tipos cuando el camionero saltó de su cabina.

—Lo tenés? —preguntó el abuelo y María dijo que sí.

Después bajaron unos seis tachos de metal y los

entraron al galpón. El camionero les dijo que en unos días iba a traer más y se fue, haciendo sonar su bocina tres veces.

Uno de ellos gritó enojado algo acerca de la madre del camionero, mientras los otros dos volvieron a salir del galpón con un carro en el que habían colocado dos de los tachos.

—,Están locos? —los rezongó el otro, quien parecía ser el jefe—. Los tenemos que tirar de noche.

—Es lo mismo! —dijo el segundo hombre—. Igual, nunca hay nadie en la playa a esta hora.

—Sí —dijo el tercero—. Además esta noche pasa el partido en la tele y no me lo quiero perder.

El jefe se quedó un momento callado y después, haciendo un gesto como de bronca, dijo:

—Está bien! Pero sólo por hoy; ya saben que el señor Cortinas no quiere problemas.

Miré para el costado y vi que María seguía grabando todo y me pregunté si los íbamos a seguir hasta la playa y todo eso.

No tuve que esperar mucho, ya que los hombres entraron en el galpón y el abuelo se arrastró hasta nuestro lugar.

—Vamos —susurró—. Tenemos que llegar a la playa antes que ellos.

Sin hacer ruido logramos volver a la calle y después casi corriendo, llegamos a la casa y nos

subimos todos al autito. Quedé medio apretado contra Gabriela en el asiento de atrás y pensé que el asunto se ponía cada vez mejor.

María hizo girar la llave, el auto se quejó un poco... y nada. Probó otra vez y el motor volvió a toser.

—Es la batería —explicó—. Hace tiempo que tendría que haberla cambiado.

El abuelo dijo que teníamos que empujar.

—No tenemos mucho tiempo, ya deben estar saliendo para allá!

El asunto es que tuvimos que bajarnos y empujar como media cuadra hasta que el monstruito celeste arrancó. Nos subimos de apuro y María aceleró levantando toneladas de polvo.

Llegamos a la playa y subimos por un médano alto, lejos del camino.

—Acá está bien —dijo María arrodillándose en la arena para observar el lugar—. Se puede ver todo, hasta el muelle —señaló, Felipe sonrió y se frotó las manos.

—Ja! ¡Ahora van a ver esos mugrientos!

Gabriela fue la primera en verlos. Eran tres sombras que bajaban por otro camino, más angosto y menos usado que el principal. Dos de los tipos tiraban del carro, mientras el tercero se adelantó y corrió hasta un viejo bote.

Vi que hacía señas a los otros mientras trataba de tirar del bote para echarlo al agua. Los otros

llegaron con el carro y empujaron la embarcación hasta la orilla. Después volvieron a arrimar el carro y cargaron algunos tachos. Se alejaron remando, mientras el otro se quedaba en la playa vigilando.

Y ahí, desde el médano, el ojo de la cámara de María los seguía con muchísima atención.

—Se están alejando un poco, pero igual se va a ver bien —explicó María. Mientras, yo me sentía superexcitado, como una especie de agente secreto en una importante misión.

Lo vimos todo.

Vimos cómo tiraban los tachos al agua y cómo volvían apurados a la playa, sacaban el bote del agua y se iban llevándose el carro.

Felipe miró al cielo.

—Todavía hay bastante luz?

María miró y dudó.

—Sí, creo que sí.

Después bajamos hasta la orilla, esperamos un rato y casi enseguida, ahí, entre las olas verdes y limpias, comenzó a formarse aquella misma mancha amarilla, aquella mancha asesina de pájaros y peces, que estábamos esperando.

—Los tenemos! —exclamó muy feliz el abuelo y nos abrazó a todos al mismo tiempo.

—Los tenemos! —repetimos Gabriela y yo mientras María sonreía.

XIV. Paseo nocturno

Esa noche, después que María se fue de regreso a la ciudad, me senté con el abuelo a cenar.

—,Para qué nos va a servir el video? —pregunté mientras trataba de tragar unos tallarines que parecían hechos de goma.

—Estamos en la era de la televisión! —dijo Felipe extendiendo los brazos—. ¿Te das cuenta? Toda esa gente encerrada en sus casas, sentados noche a noche en silencio frente a sus pantallas para ver películas, noticias, comerciales... para verlo todo

—agregó y se quedó callado.

Yo seguía sin entender, pero no tenía muchas ganas de hablar. Además, no sé porqué, pero estaba seguro de que cualquier cosa que se le ocurriera al abuelo tenía que funcionar.

También pensé que sería interesante poder ser como María, bueno.., es decir... hacer lo mismo que ella pero siendo hombre; pero después me acordé que yo quería ser dibujante y no sabía si podría hacer las dos cosas al mismo tiempo.

El abuelo también estaba muy callado. Sentado frente al fuego de la estufa, parecía como si estuviera muy lejos. Veía cómo el reflejo de las llamas

le encendía la cara y le hacía brillar los ojos más que de costumbre.

Al rato, cuando yo ya estaba pensando en irme a dormir, el abuelo se levantó de golpe, fue a buscar su saco de lana y me llamó.

—Vamos! —dijo—. ¡Vamos!

Lo seguí y caminamos un buen rato por la calle Pasamos frente a las casas iluminadas y escuchamos voces que salían por las ventanas y se

perdían entre los árboles.

El abuelo había agarrado un palo, porque de noche siempre aparecían algunos perros, pero llegamos a la playa sin tener problemas.

La noche era de un azul oscurísimo y apenas se podía ver el blanco de las olas cuando chocaban contra la arena.

El abuelo encendió un cigarrillo y dio una larga pitada. Después tosió un par de veces y tuve ganas

de preguntarle porqué fumaba si le hacía mal, pero me callé.

No sé porqué, pero tenía la sensación de que quería mostrarme algo importante.

—No hay nada -dijo al rato Felipe agachándose cerca de la orilla como si buscara algo en el agua.

—Nada de qué?

—Es una cosa increíble y mágica que a veces pasa de noche, un verdadero milagro.

—No será como el milagro de la soda —comenté

y los dos nos reímos.

Tenía ganas de preguntarle porqué se había peleado con mi madre, pero pensé que a lo mejor no quería hablar de eso.

—El milagro -dijo Felipe—, siempre venía a verlo

con tu abuela, era tan, tan... —se quedó callado y le agarré una mano— tan fantástico, una de esas cosas que está cerquita de todos, pero que la mayoría de la gente desconoce.

Miré el mar y me dio un poco de miedo: esa oscuridad gigantesca y misteriosa que se movía casi en silencio me hacía pensar en las muchas cosas que todavía no podía entender.

—Bueno, hoy no va a ser posible —dijo el abuelo—. Además, ya es hora de dormir —agregó y comenzamos a caminar de vuelta a la casa.

En el camino me lo pasé pensando en eso del milagro que había dicho el abuelo, pero cuando llegamos a la casa me olvidé de todo el asunto de un solo golpe, ya que nos encontramos con algo que hizo que me vinieran ganas de salir corriendo y no parar hasta esconderme debajo de mi cama, como cuando era más chico.

La puerta estaba abierta.

Entramos despacito y vimos que todo estaba desordenado: los cuadros tirados en el piso,

libros y discos rotos desparramados por todas partes...

Tuve ganas de gritar o de llorar, no sé, era todo muy confuso. Pero ver aquello así me puso tan mal

que me vinieron unas ganas terribles de ir al baño.

Sentí más miedo que nunca y pensé que a lo mejor mamá tenía razón y que el abuelo era demasiado loco como para cuidar niños.

Pero el abuelo me miró como si nada de aquello le importara demasiado.

—Son nada más que cosas —dijo—. Nada que no tenga arreglo —agregó, tratando de tranquilizarme.

Pero no pude tranquilizarme: una sombra se movió en la cocina.

XV. Señor cortinas

La puerta de la cocina se abrió. Yo aguanté la respiración; imaginaba que uno de aquellos tipos malvados iba a salir con una pistola láser en la mano, listo para convertirnos en polvo, como decían en las películas.

Pero de pronto vimos aparecer a un señor bastante chico, con un cómico bigote finito y un traje gris que le quedaba como dos talles más grande.

—Bien, bien, bien! —dijo el señor moviendo rápidamente los brazos en el aire con gestos de marioneta—. Así que es usted, ¿eh?

El abuelo me miró y guiñó un ojo.

—Si, yo soy yo —le contestó.

El hombrecito caminaba de un lado a otro, con las manos agarradas detrás de su espalda.

—Déjese de pavadas! Usted no sabe quién soy yo, así que no se haga el vivo—; el hombrecito se paró frente al abuelo y trató de poner cara de enojado

Pero la cara de enojado de un tipo así, con bigotito y todo, nos resultó tan graciosa que nos pusimos a reír.

—Basta! —gritó furioso el hombrecito—. ¡Nadie se burla del señor Cortinas!

Ya habíamos escuchado ese nombre. De vuelta nos miramos, pero esta vez con caras serias.

—Ja! —dijo el señor Cortinas levantando su puño

de muñeco frente a la cara del abuelo—. Me parece

que ahora entiende, así que vamos a arreglar este asunto de una vez, no tengo tiempo que perder.

El señor Cortinas sacó una billetera gordísima y la abrió. Después agarró un montón de billetes verdes.

—Vamos, vamos! ¿Cuánto quiere, eh? ¿Cuánto? ¡No tengo todo el día!

—Y por qué me quiere dar plata? —preguntó el abuelo haciéndose el bobo.

—Ja! —el señor Cortinas volvió a caminar alrededor del cuarto con pasos cortos y apurados.

—Ja! -dijo de vuelta y después se quedó parado mirando por la ventana.

—Yo los vi, estaba cerca observando a mis empleados y los vi allá, sobre un médano, con una

cámara. ¡Una cámara! ¡Usted me quiere arruinar! Así que hagamos negocio: yo le pago y usted me da

el video y asunto arreglado.

El abuelo me miró, después respiró hondo y largó un soplido.

Yo estaba ahí, esperando para ver qué sucedía cuando el abuelo le contestó algo que no puedo contar, algo acerca del lugar donde el señor Cortina podía guardar su plata.

La cara del señor Cortinas se puso verde, el bigotito se le torció hacia abajo. Ahora parecía un conejo recontraenojado.

—Lamentable! —fue lo último que dijo el señor Cortinas antes de guardar su dinero y salir dando un enorme portazo.

Estaba a punto de decirle algo al abuelo cuando la puerta se abrió de nuevo: eran ellos, los tres tipos siniestros.

—Ustedes se la buscaron —dijo el más alto.

Tenía una cuerda.

Estuvimos un rato así, sentados, tratando de desatarnos, pero fue imposible. El abuelo, que hacía fuerza y trataba de soltarse, me daba ánimo.

—No te preocupes, deben estar sacando todo del galpón y nos dejaron acá para que no vayamos a la policía.

De pronto vimos bajar volando a Casimiro.

—Ajá! —dijo el abuelo tratando de alegrarme un poco—. ¡Batman al rescate! Ahora sí que estamos salvados.

Pero Casimiro dio un par de vueltas alrededor de la lámpara del techo y salió volando por la ventana abierta.

—No hay caso —bromeó el abuelo—. Ya no quedan superhéroes.

Me habría reído a no ser por una cosa que comenzó a preocuparme: entre todas las cosas que los tipos habían roto y tirado, había también un montón de papeles.

Y algunos papeles habían caído justo al lado de la estufa a leña.

—Abuelo! —exclamé y le hice señas con la cabeza.

La cara de Felipe cambió de pronto: uno de los papeles comenzaba a agarrar fuego.

Empezamos a saltar con las sillas puestas, tratando de llegar hasta el papel para apagarlo a pisotones, pero apenas habíamos dado unos saltos cuando el fuego comenzó a extenderse

hacia el resto.

Gritamos como locos pidiendo auxilio. El abuelo juro que si nos salvábamos iba a dejar de fumar. A los pocos segundos agregó que también dejaría de tomar cerveza, pero al fuego no pareció importarle sus promesas.

Las llamas aumentaron y amenazaban ahora un sillón.

—Te quiero mucho! —me dijo el abuelo.

—Yo también! —lloré asustado.

—Felipe! —dijo una tercera voz, y los dos miramos sorprendidos hacia la ventana para ver la cara

gorda y superhermosa de la señora Rosario.

—Apurate! —gritó el abuelo.

Ella entró corriendo y agarró una manta. Después comenzó a pegarle al fuego hasta que lo hizo retroceder unos instantes. Desató al abuelo quien salió disparado hacia la cocina a llenar un balde con agua.

Al rato, con la casa todavía llena de humo, los tres nos abrazamos emocionados.

Pero el abuelo se soltó enseguida.

—Marcos! Tenemos que hacer algo para que no se escapen.

Después nos pidió que, sin acercamos demasiado vigiláramos el galpón, y salió velozmente montado como un cow—boy en su bicicleta despintada.

En el camino —y todavía temblando— le

explique a la señora Rosario todo lo que había pasado.

Vimos unas luces que avanzaban por la calle y nos escondimos detrás de un árbol. El camión pasó velozmente y frenó frente al galpón.
—Apurate, abuelo! —pensé al ver al eléctrico señor Cortinas haciendo sus gestos de muñeco y a los tres hombres apuradísimos sacando tachos.
—Se van a escapar —dije bajito, y la señora Rosario me agarró una mano y la apretó con fuerza.

XVI. Las manos en la masa

Con mucho esfuerzo los hombres seguían cargando uno a uno aquellos tachos rojos, mientras el señor Cortinas se movía de un lado a otro y los apuraba.

Yo estaba cada vez más nervioso ya que tenía miedo de que nos vieran o que se escaparan. La señora Rosario me apretaba la mano cada vez con más fuerza y la verdad es que tenía bastante. Mis dedos parecían a punto de romperse, pero no me animé a decirle nada por temor a que me escucharan los tipos.

—Bueno, ya casi terminamos —dijo uno de los hombres.

—Ya era hora! ¡Ya era hora! —sonó chillona la

voz del señor Cortinas—. ¡Todo es culpa de ustedes! Les dije que tiraran estas cosas de noche!

El hombre se quedó callado, pero por la cara que puso me di cuenta de que tenía muchas ganas de gritarle algo al señor Cortinas.

—¡Qué vamos a hacer con el viejo y el niño? — preguntó finalmente el hombre.

—,Que qué vamos a hacer? ¡No sé! Ya se me va a

ocurrir algo, no somos mafiosos; los podemos dejar allí para ganar más tiempo, sacar todo y llevarlo lejos de acá. Total, siempre lo podremos tirar en otra playa.

—Se están por ir —susurró la señora Rosario soltando por fin mis pobrecitos dedos.

Los hombres habían terminado de cargar el camión y uno de ellos estaba cerrando la entrada del galpón. Vi que un poco más allá se encendieron los focos de un auto y tuvimos que agacharnos.

“Seguro que es el auto del señor Cortinas”, pensé, y vi que los tres hombres treparon al camión. El motor se puso en marcha y el camión, seguido por el auto, avanzó hacia la salida.

Pero de pronto, más allá, apareciendo entre los árboles vi otras luces, como de linternas, y escuché unas voces.

El camión frenó de golpe y el auto azul lo chocó por detrás.

El señor Cortinas se bajó apurado y a los gritos, pero cuando llegó al costado del camión las luces de las linternas lo iluminaron.

—Quietito! —dijo una voz gruesa.

¡Eran policías! Y un poco más allá vi al abuelo señalando a los tipos que ahora bajaban del camión.

Los policías, que eran como cuatro, rodearon a los hombres y les dijeron algo. Después se escuchó una sirena y vi llegar una camioneta azul y blanca.

Recién en ese momento me animé a pararme.

—Esperá! —dijo la señora Rosario, pero no le hice caso.

Cuando llegué hasta donde estaba el abuelo, los tres hombres y el señor Cortinas ya habían sido subidos a la camioneta.

Un grupo de vecinos se había formado alrededor. Algunos señalaban la camioneta, otros hablaban con el abuelo o entre ellos. Una señora preguntaba a todo el mundo para saber qué había pasado.

Vi que en medio del grupo de curiosos, estaba Gabriela con una pareja y me di cuenta de que debían ser sus padres.

Levanté una mano y saludé, pero ella no me vio. La camioneta arrancó y se fue. Dos policías agradecieron al abuelo Felipe, se subieron a sus bicicletas y también salieron por el camino.

Pensé en acercarme a Gabriela, pero, en fin, estaba con sus padres y me daba vergüenza. Me quedé parado como un bobo viendo cómo se alejaba con ellos y con la señora Rosario quien seguro les estaba contando por quinta vez la historia del casi incendio, ya que hacía unos gestos muy exagerados.

Cuando todos se fueron, el abuelo se me acercó y me pasó un brazo. Parecía más contento y brillante que el sol.

—Viste? Parece que estos señores no van a molestarnos más—; después se rió, tosió un par de veces y me miró.

—Pero, ¿qué pasó? ¿Por qué te hicieron caso ahora?

—Bueno, es que María, antes de irse, pasó por la comisaria y les mostró lo que había filmado.

—,Y por qué no vinieron enseguida? *

—Es que estaban cerquita, vigilando el galpón, cuando yo pasé y los vi, pero prefirieron esperar que sacaran todo— explicó el abuelo mirándome.

Qué te pasa? Estás muy serio. Deberías estar contento con lo que logramos. ¿Te das cuenta?

— respiró hondo—. ¡Ah! La playa limpia, el agua llena de peces... ¿Nunca te fijaste cuando se levantan las olas en los días claros? A través del agua se ven miles de peces plateados que parecen torpedos. ¡Es fabuloso!

No contesté. Estaba contento, pero me había

quedado con ganas de hablar con Gabriela. Me limité a patear una piedra mientras seguimos avanzando.

—Sí —dije—. Muy lindo.

—Te creés que no me di cuenta? —preguntó Felipe, y me sorprendió.

—De qué?

—De vos, de Gabriela, de muchas cosas.

Traté de poner cara de yo no fui, pero terminé por sonreír.

—Ah el amor, el amor! —suspiró el abuelo y se puso a hacer unos cómicos pasos de baile mientras cantaba algo que parecía francés y la luna lo iluminaba como si estuviera en un escenario.

XVII. ¡Mentiroso!

Al otro día el abuelo me contó que había hablado con María y que esa misma noche iban a pasar el video en el noticiero de la televisión.

Una hora después Gabriela y yo conversábamos sentados en la esquina.

—Es fantástico! —dijo ella cuando le conté lo de la tele.

Me di cuenta de que me miraba como si yo fuera una especie de héroe o algo así, y me sentí muy importante. Pensé que a lo mejor me daba un beso y todo, pero se quedó ahí, mirando cómo las hormigas avanzaban por un camino entre los yuyos.

Pero después tuve que abrir mi enorme boca y decir algo que lo iba a estropear todo: se me ocurrió contarle lo de mi abuelo y su abuela.
—Mentira! —dijo ella enojada y me miró.
Parecía estar a punto de pegarme.
—Cierto ¡Yo los vi —insistí.
Gabriela me miró con fuego en los ojos.
—No te enojas conmigo, yo no tengo la culpa... además, es cosa de ellos, ya son grandes y...
—Mentiroso! —volvió a decir ella torciendo la boca mientras los ojos se le ponían muy brillantes. Estaba a punto de ponerse a llorar y yo no sabía qué hacer.

Entonces se fue corriendo y me dejó ahí, como en los teleteatros, sin saber qué hacer.

Me sentí muy extraño. Es que nunca me habían pasado tantas cosas juntas. Es decir, el abuelo, los tipos del galpón, haber besado a alguien por primera vez y ahora... y ahora, no sé, era una sensación rarísima, tibia y triste al mismo tiempo.

Sentí ganas de salir corriendo, de alcanzarla, pero no me animé.

—Y ahora? —me pregunté.

¿Qué harían los adultos en estos casos? No lo sabía, así que volví a lo del abuelo y me senté a su lado para ver cómo pintaba un cuadro lleno de colores muy fuertes.

Después le pedí permiso y puse uno de aquellos

discos de blues y aunque no sabía nada de inglés me di cuenta de que el que cantaba con esa voz ronca y negra se sentía exactamente igual que yo. El abuelo me miró y sonrió.

—Estás creciendo, Marcos. Y eso no es tan fácil como la gente cree.

Dejó a un lado su pincel y miró por la ventana.

—De todos modos tengo dos buenas noticias para vos —dijo después—. La primera es que conseguí un televisor prestado para esta noche, así que vamos a ver nuestra gran obra de arte filmada.

—Ah —dije sin ningún entusiasmo.

—La otra es que invité a la señora Rosario y a Gabriela a cenar —agregó Felipe y siguió pintando.

XVIII. Cena para cuatro

La pantalla azulada iluminaba la habitación silenciosa. Sentados, los cuatro estábamos callados y muy nerviosos mientras las imágenes saltaban de un lugar a otro, de una guerra a otra, de un asalto a los últimos números de la lotería. “¡Y ahora, una información exclusiva!”, anunció de pronto el locutor con la cara muy seña y nos arrimamos un poco más. El abuelo chisté pidiendo silencio, aunque no estábamos hablando.

Ahí estaban. Primero se vio el galpón y viéndolo así, en la tele, se me ocurrió que parecía una de

esas residencias tenebrosas de las películas de terror.

El abuelo dijo algo y se puso de pie: en la imagen se abría la puerta del galpón e iban pasando las escenas rápidamente hasta que todos veíamos la playa, el bote, los tachos cayendo al mar...

—Eso! ¡Eso! —decía Felipe y levantaba los brazos festejando y apretando los puños—.

¡Ahora van a ver!

Yo me sentía muy extraño y emocionado. Ahora entendía un poco más lo que había dicho el abuelo sobre el poder de las imágenes y pensé en cuánta gente estaría viendo eso que nosotros habíamos grabado.

Miré a Gabriela, pero ella estaba muy quieta, con los ojos clavados en la pantalla, sentada derechita al lado de la señora Rosario quien repetía una y otra vez “muy bien, muy bien, Felipe”.

“Amigos, las imágenes han sido más que elocuentes; les informamos que cuatro personas, entre ellas un conocido empresario, fueron detenidas en relación con este caso...”, dijo el locutor y el abuelo volvió con lanzar algunas exclamaciones.

—Abuelo —dije, hablando bajito.

—Ahora sí que se terminó! —exclamó el abuelo bailando solo por el cuarto.

Minutos después nos sentamos para la cena especial que había hecho el abuelo: una cosa

llamada riñoncitos al no—sé--cuánto que a mí, para ser sincero, me parecía algo bastante repugnante.

Casi sin darme cuenta me senté del mismo lado de la mesa que Gabriela, pero ella, nada de nada, seguía ahí y ni siquiera me miraba.

¿Cómo podía haberse enojado tanto? No lo sabía. A lo mejor Gabriela había querido mucho a su abuelo..., pero la señora Rosario era viuda desde hacía unos cuantos años, igual que mi abuelo, y pensé en lo que me había dicho Felipe acerca de cómo la gente se sentía sola.

La señora Rosario, sentada del otro lado de la mesa, cortó el pan en rodajas y Felipe llegó desde la cocina con una enorme bandeja, imitando con la boca el sonido de trompetas.

Comí lo que pude y traté de no poner cara de asco. El abuelo, a quien nunca había visto *tan* contento, se lo pasó hablando y hablando que los tipos, que la televisión, que el video, que la noche, que la felicidad y todas esas cosas; y yo miraba de reojo a Gabriela quien a veces parecía querer reírse, pero volvía a quedarse seria.

—Bueno —dijo de pronto Felipe poniendo una voz más seria—. Ustedes das, o sea, nuestros nietos, pensarán que estamos acá cenando para festejar lo del noticiero, ¿verdad?

Los dos movimos la cabeza.

—En parte es así, pero también hay algo más, una cosa muy importante que Rosario y yo queríamos decirles, para que hieran los primeros en todo el inundo en saberlo...

Sentí que la comida se me trancaba en la garganta. Miré a Gabriela y vi que me miraba con cara de susto.

—Es que decidimos... bueno... no sé cómo decirlo...

Gabriela abrió los ojos muy grandes y miró a su abuela. La señora Rosario parecía muy nerviosa y hacía bolitas con las migas del pan.

—Vamos a casarnos! —soltó finalmente Felipe y a mí me dio un ataque de tos que casi me hace llorar. A mi lado, Gabriela se había convenido en una estatua.

—Y? —preguntaron los dos abuelos al mismo tiempo esperando nuestro comentario.

—Yo... esté.., qué bien... —dije sin saber qué hacer.

Claro que sabía que la gente se puede casar de nuevo; es que no imaginaba a mi abuelo.., es decir.., bueno, ustedes ya saben.

El abuelo salió del cuarto y regresó con una botella de vino.

—Esto hay que celebrarlo —dijo y contó que era un vino francés que guardaba desde hacía muchos años.

Sirvió un poco a la señora Rosario y se llenó su vaso hasta el borde. Los dos levantaron sus vasos y brindaron. Nosotros hicimos lo mismo con los vasos de refresco.

Volví a mirar a Gabriela. Al menos ella sabía ahora que yo no le había mentado y en una de esas me perdonaba. Pero nada, ella seguía ahí, tan cerca y tan lejos, como si no pudiera alcanzarla ni con un auto de fórmula uno.

Un par de horas después, cuando ya nos cansamos de mirar el fuego de la estufa y escuchar los mismos discos antiguos, el abuelo prometió que a la noche siguiente nos llevaría a todos a conocer su famoso milagro.

—Ya van a ver! —dijo extendiendo sus brazos—. La magia del Gran Felipe!— agregó, haciendo una reverencia para despedir en la puerta a la señora Rosario y a Gabriela.

Yo saludé desde mi silla. La verdad es que me sentía bastante mal por haberla enojado de esa manera, aunque no estaba seguro de que fuera mi culpa.

Me fui a dormir pensando en que me gustaría soñar con estar en una enorme nave espacial.

Una nave muy brillante que pudiera ir de un planeta a otro y me alejara por un tiempo de la tierra donde había tantas cosas difíciles de entender.

XIX. Luces en el agua

Nunca había visto una noche así. Trillones de estrellas manchaban el cielo sin luna. El silencio era muy fuerte y podíamos escuchar las olas que rompían suavemente a lo lejos, en la playa.

El abuelo Felipe y Rosario caminaban descalzos unos pasos adelante, agarrados de la mano y riéndose todo el tiempo a medida que nos acercábamos a la orilla del arroyo.

Más atrás, Gabriela y yo caminábamos en silencio, mirando a veces las estrellas y a veces la orilla misteriosa que estaba cada vez más cerca.

En realidad no había tenido que hacer ningún esfuerzo para lograr que Gabriela aceptara venir, ya que por la tarde Felipe se había puesto de acuerdo con Rosario para la supuesta expedición mágica que tanto parecía alegrarlo.

Mientras caminaba y los observaba reír y saltar para no pisar algún cangrejo distraído, pensé que algo estaba mal.

Es decir, ahí estaban los dos viejos saltando, chillando felices como niños, y ahí estábamos nosotros, Gabriela y yo, caminando callados y muy serios, como unos viejos amargados, sin animarnos a decir nada.

—No cambie de canal! —gritaba el abuelo—.
¡En instantes... cha—chaaaán... magia! —y

después agregó algo que no entendí y la señora Rosario rió de nuevo.

—Están contentos —me animé a comentar.

-Ajá.

Silencio. Bien, si ella no quería hablar, no quería hablar. Aunque no tenía experiencia en estos casos, pensé que las mujeres a veces podían ser medio difíciles. Al fin y al cabo yo no le había mentado y no entendía porqué todo el asunto de nuestros abuelos la molestaba tanto.

Estaba a punto de decirle otra cosa, algo como... bueno, no sé... me da un poco de vergüenza decirlo.., en fin.., cuando de pronto sucedió algo increíble.

Caminábamos sobre la arena mojada de la orilla cuando Gabriela señaló algo y gritó:

— Mirá!

Las huellas de Felipe y Rosario, quienes seguían unos pasos adelante, se iluminaban sobre la arena. Cada vez que pisaban era como si encendieran un montón de lucecitas que después de un segundo o dos volvían a apagarse.

Miré hacia abajo y vi que lo mismo sucedía con nuestras pisadas y sentí algo, una emoción muy grande. ¡Aquello era mágico!

Mirá ahora! —dije, saltando sobre la arena que parecía llenarse de chispas.

—Sí! —contestó Gabriela y sonrió.

Estábamos tan maravillados que no nos dimos

cuenta de que Felipe y Rosario se habían acercado a ver qué nos pasaba.

—Ja! —rió Felipe—. ¡Y eso que todavía no vieron nada.

Después, imitando los movimientos de un mago, se quitó el buzo, la camiseta y comenzó a bajarse los pantalones.

—Abuelo! —protesté.

—Tranquilo, tranquilo —contestó el viejo—. Tengo mi traje de baño.

Mientras la señora Rosario protestaba diciéndole que le iba a hacer mal, el abuelo Felipe tomó carrera y de un salto se zambulló en el agua.

Fue una explosión de miles y miles de lucecitas que se encendieron en círculo a su alrededor.

Eran luces muy suaves y pálidas, como diminutos fantasmas bailando en la superficie.

El abuelo se levantó con el agua hasta la cintura y volvió a abrir los brazos como siempre hacía.

Tuve ganas de correr y tirarme al agua también.

Gabriela reía como una loca y la señora Rosario insistía en pedirle que saliera, que se iba a enfriar.

Lo cierto es que brillaba. ¡El abuelo brillaba!

Después se agachaba y golpeaba la superficie con los puños y el agua volvía a encenderse y apagarse y a encenderse y apagarse.

Creí que estaba soñando, pero me sentí tan *feliz* de saber que todo lo que veía era cierto que no

supe qué hacer, si reír o correr o gritar o abrazar a Gabriela o darle un beso.

El abuelo salió por fin del agua y empezó a dar saltitos para tratar de secarse un poco. La señora Rosario, quien por lo visto ya lo conocía muy bien y se había venido preparada, sacó una toalla de su bolso y lo ayudó a secarse.

—Ah! —dijo el abuelo—. ¡Qué noche increíble! ¿Lo vieron, eh? ¿Lo vieron?

Contestamos que sí.

El abuelo respiró muy profundamente, tragándose el aire de la noche, el olor a sal y hasta el brillo de las estrellas. Se vistió rápidamente, se nos acercó y nos agarró a los dos.

—La magia —dijo-, siempre está ahí, si uno sabe dónde buscarla.

Miré la superficie oscura de nuevo. Quería preguntarle muchísimas cosas sobre las lucecitas fosforescentes, la magia, la vida y todo, pero no me animé; sabía que había una explicación para lo que habíamos visto, pero pensé que a veces saber el secreto de las cosas puede arruinarlas.

—No quieres saber? —preguntó el abuelo adivinando mis pensamientos.

—No, ahora no... después —contesté.

—Mejor así —sonrió y se fue otra vez con la señora Rosario, dejándonos solos.

Vi que Gabriela me miraba y me sonreía, así que le agarré una mano y empezamos a seguir las huellas iluminadas de esos viejos locos que ahora cantaban juntos una antigua canción.

El abuelo mas loco

Después de esa noche pasaron otras y otras hasta que mis vacaciones llegaron a su final.

En esos días hicimos muchas cosas: pinté un cuadro, seguí viendo a Gabriela todo el tiempo y ayudé al abuelo a construir su último gran invento: una especie de máquina llena de tubos de goma que iba a servir para pintar cuadros automáticos.

Orgullosa, el abuelo no había querido probarla hasta que llegara papá, diciéndome que lo quería sorprender. Pero finalmente, cuando papá vino a buscarme, Felipe cambió de idea y decidió esperar un poco más.

Esa tarde salí a caminar para despedirme de Gabriela y prometimos que nos íbamos a escribir muchísimas cartas y que yo volvería en las vacaciones de verano.

Después me despedí del abuelo con un abrazo muy grande y muchas ganas de llorar, pero me aguanté.

Cuando el auto arrancó y empezamos a alejarnos, papá empezó a preguntarme cómo lo había pasado con el abuelo.

—Supongo que no se habrán metido en ningún lío, ¿no?

—Para nada —contesté y casi se me escapa una carcajada—. Todo estuvo muy tranquilo.

Pero tuvimos que parar: algo había explotado en la casa del abuelo.

Papá frenó y dio la vuelta, pero cuando bajamos y entramos corriendo en la casa nos encontramos con la imagen del abuelo que desde esa época conservo como la más clara y querida de todas. La imagen del abuelo más loco del mundo manchado de todos los colores posibles, explicando con una sonrisa que su máquina de pintar cuadros necesitaba algunos ajustes.